

de hermano mayor de Torrijos o del Empecinado...

Justo es que ciertos incondicionales de la pasión españolista sepan, en ese aspecto, distinguir, entre los ataques a la Nación española y las luchas contra el Estado español. No siempre han sabido hacer esa distinción fundamental, que evita el peligroso sofisma por el cual los gobernantes crueles o ineptos pueden escudarse con el nombre de la patria. Muy reciente está el caso en que la protesta de los españoles emigrados, disconformes con la dictadura militar, ha sido tendenciosamente presentada como antipatriótica, a pesar de la clarísima intención que los movió.

Pero hay algo que objetar a la teoría que identifica las guerras de emancipación americana con las luchas por la libertad civil española, hoy tan lastimosamente fracasadas. Quiero decir que, aparte la sublevación de Riego, en 1820, ha faltado el sentido de solidaridad espiritual entre el esfuerzo de los americanos y el de los españoles. Dejo aparte los contadísimos casos individuales, singularmente, el más excelso, el de Pi y Margall, cuya gloriosa actitud de protesta en los días aciagos de la guerra de Cuba, fué considerada como antipatriótica.

¿Se quiere que el recuerdo de la independencia americana sea también un sentimiento feliz para España? Pues bien; imaginémoslo como una fiesta de la raza espiritual, vínculo entre los hijos de una misma estirpe psicológica. Si americanos y españoles lucharon entonces contra el yugo de una común tiranía, sólo podrán unir hoy sus manos en la celebración de aquellos fastos los que pertenezcan a la misma prosapia de almas: los que sean capaces de sentir la libertad. ¿Aquellos héroes de América son héroes españoles? Está bien; pero ¿de qué España? De la misma España que querían construir los patricios que morían en las horcas fernandinas o bajo las balas de la represión isabelina. No ciertamente de la otra España. He aquí, pues, el verdadero hispanoamericanismo que urge levantar. América tiene su tradición de libertad, victoriosa por lo menos en su aspecto colectivo. Y una de las dos Españas espirituales que luchan en su forzada convivencia territorial tiene también su tradición libertadora, aunque no haya sido coronada por el éxito. Y sólo esa España tiene derecho a celebrar sus Ayacuchos en comunidad con América.

Visto bajo esa luz el problema de la reintegración hispanoamericana, adquiere una claridad novísima. La dependencia colonial no era un lazo de

unión, sino un impulso de odio. Desaparecida esa causa de repulsión, sólo quedan motivos íntimos de concordia. Se rompió el nudo material, para que mejor pudiera enlazarse el abrazo fraterno. Hablemos de lo que nos une; olvidemos lo que nos separó, como no sea para abominarlo. Y lo que nos une no puede ser otra cosa que un común amor por el sentimiento que a unos y otros nos da capacidad personal para unirnos: la libertad. Si unos y otros no somos libres y capaces de sentir esa libertad, ¿cómo podríamos unirnos?

Yo imagino la solidaridad hispanoamericana como una alianza implícita para fines de apelación mutua en momentos de angustia para la libertad. La gran familia hispana, bipartida en su territorio, a través del Atlántico, debería constituir, en sus selecciones o aristarquías, un Tribunal de alzada contra las posibles regresiones a la vieja tiranía, en el territorio de aquende el mar o en el de allende. ¿No se dice que un mismo sentimiento libertador animaba a los españoles de 1812 y 1820 y a los vencedores de Ayacucho? Pues que un mismo sentimiento libertador nos una también para renovar, cuando sea preciso, en España o en América, la jornada de Ayacucho. Y España necesita hoy su Ayacucho.

* *

Queda otro aspecto en esa cuestión. Los pueblos actuales de América ¿en qué relación histórica se encuentran respecto a los pueblos de la América precolombiana y a los imperios que la conquista española destruyó? ¿Son herederos y reconstructores lejanos o, por el contrario, continúan la tradición de los invasores? Si yo hubiese tenido la suerte de encontrarme en tierra del Perú los días del centenario de Ayacucho, hubiera percibido el gran deber histórico que incumbía a los rivales de 1824, al darse la mano sobre el solar de sus antiguos campamentos. Aquella tierra palpitaba con un intenso latido que sólo podían sentir los capaces de una profunda compensación histórica. Remontando, en el tiempo, a través de la era colonial, pasando sobre el fausto de los virreyes, la ceniza de los quemaderos, la memoria monacal de Rosa, el contenido hervor de las añoranzas incaicas, la dureza de las represiones, llegábamos, con la evocación del recuerdo, a los días de la conquista. Allí estaba Pizarro, erguido sobre su gloria injusta, rojo de la sangre de Almagro y, sobre todo, transmitido a la posteridad llevando sobre la frente el sacrilego regicidio de Atahualpa... Ahí, en esa vinculación histórica, ra-

dica el verdadero problema de la conciencia hispanoamericana. Diveras posiciones pueden ser adoptadas para enfrentarlos. La más corriente es la santificación de la conquista como recuerdo glorioso, sin atenuaciones. Contra la llamada leyenda negra se quiere edificar la leyenda dorada. Por la raza, la raza-ídolo, la gesta horrible es divinizada, sus hombres declarados modelos de energía; el P. Las Casas menospreciado, Ercilla censurado porque vió en Cautin el héroe verdadero de su poema. Si escuchamos a esos sectarios del patriotismo ciego, los pueblos actuales de América son los herederos de la raza metropolitana y continúan su fanática transfiguración de la antigua epopeya sangrienta.

Contrariamente a ese criterio, ¿hemos de ver en las Repúblicas de América los resurgimientos de los antiguos imperios destruidos y el recomienzo de la vitalidad aborígen? Los pueblos emancipados, ¿han de acogerse a la tradición de la independencia precolombiana y ver en la liberación una lejana vindicta de los reinos usurpados por los conquistadores iberos?

Mi convicción es otra. Creo que la libertad es una purificación. En la historia, una gesta libertadora puede llegar a ser la compensación de una gesta tiránica, extinguiendo la mancha que obscurezca una indudable gloria. Pues bien; para los que no admitimos aquella interesada desfiguración de la historia, la verdadera misión espiritual de América es un rescate; rescate de España y de sí misma. América ha de ser, a un tiempo, la continuadora de ambas tradiciones americanas, la de los imperios destruidos y la de los conquistadores. Con ambas construirá un ideal noblemente compensador: la raza espiritual, selección de los hombres capaces de elevarse sobre los celos materiales de la estirpe y alistarse en las luchas imaginarias y reconfortantes bajo todas las banderas perseguidas. Sentir la herencia de Guatimozín y de Atahualpa contra todos los Cortés y Pizarros, como han sabido fundirse los españoles dignos con los dignos americanos al amparo de la común gloria de Ayacucho o bajo la enseña quijotesca de Bolívar.

Palma, junio de 1925.

(De *La Nación*, Buenos Aires).

Alfar
Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.